

El historiador etnógrafo. Ernesto de Martino en la investigación de campo*

AMALIA SIGNORELLI**

*El artículo reconstruye y analiza detalladamente las modalidades de trabajo de campo utilizadas por De Martino en sus investigaciones, a partir de los materiales de la investigación etnográfica sobre el tarantismo en Apulia, conservados en el archivo personal de Ernesto de Martino y que está en la base de su obra *La terra del rimorso*, que representa su experiencia de campo más madura y compleja. El artículo compara y completa estos materiales con los que se encuentran en posesión de la autora, quien participó en la investigación de campo sobre el tarantismo junto con otros tres colaboradores, llamados a cooperar desde sus respectivos puntos de vista disciplinarios en el trabajo de investigación. El resultado del análisis pone en evidencia el rigor metodológico de Ernesto De Martino y su particular visión de la interdisciplinariedad como cooperación de aportes distintos orientados hacia la solución de un problema histórico cultural.*

Palabras clave: etnografía, religión, curación y enfermedad.

De Martino fue, según su propia declaración, un “etnógrafo itinerante en el Mezzogiorno italiano” (de Martino, 1961: 24). Se diría que él mismo, con la fórmula “furor, símbolo, valor” (1962), dio la mejor síntesis de la trayectoria ideal que desde la indignación escandalizada lo condujo, a través de la dolorosa elaboración del humanismo etnográfico y del etnocentrismo crítico, a ese discutido pero innegablemente densísimo sistema de valores que es el *ethos* de la trascendencia. En esa trayectoria, el trabajo de campo, el trabajo del etnógrafo, constituyó una fase crucial para su maduración tanto intelectual como moral. De Martino tenía plena conciencia de esto y, por lo demás, ningún juicio posterior sobre él ha minimizado el valor de su experiencia entre los campesinos de Lucania y de Apulia.¹

Sin embargo, en los libros de De Martino, incluso en aquellos en que el dato etnográfico desempeña un papel determinante, encuentran amplio espacio las cuestiones teórico-metodológicas relativas a la relación entre etnografía, etnología e historia, pero en cambio se tratan en forma más bien sumaria las modalidades concretas de la estadía en el campo, las técnicas de recolección y ordenamiento de los datos, los procedimientos de las relaciones con los informantes y en general con los “nativos”.

Se informa al lector que se utilizaron cuestionarios, pero éstos no se publican en un apéndice del libro; se discute abundantemente sobre las razones teórico-metodológicas de la indagación hecha en equipo y después de la investigación interdisciplinaria, pero no

* Artículo recibido el 13/11/02 y aceptado el 25/11/02. Publicado originalmente en *La ricerca folklorica*, núm. 13, abril, 1986. Traducción de Miguel Ángel Álvarez.

** Profesora titular de la Universidad de Nápoles. Correo electrónico: Signorel@unina.it

¹ Cf. Gallini (1977: LXXVII-LXXVIII). Con mucha justicia Gallini, aún reconociendo la importancia de los estudios sobre el *Mezzogiorno* en la obra de De Martino, rechaza como reductiva cualquier definición de De Martino como meridionalista.

hay indicio de los problemas cotidianos que surgen en un grupo heterogéneo “obligado” a cooperar. El escrito de De Martino quizá más analíticamente comprometido en la discusión de las técnicas del trabajo en el campo, la carta a sus amigos de la redacción de *Lucania*,² se refiere a las investigaciones “de ellos” y no a las “de él”. Por último, cuando se publica el cuaderno de notas del antropólogo, De Martino (“Note di viaggio”, “Note lucane”), el *pathos* autobiográfico y la sugestión del estilo se imponen a la atención del lector, en detrimento de las anotaciones técnicas que, no obstante, son concretas y detalladas, aunque no sistemáticas.³

Probablemente De Martino consideraba, y no por error, que la exposición de los contenidos documentaba con detalle las modalidades técnicas de su trabajo; pese a ello, me parece que de ese conjunto de circunstancias ha ido surgiendo una especie de vago estereotipo al que rara vez se alude explícitamente, pero que está presente en muchos autores, con evaluaciones de distinto signo. Es el estereotipo de un De Martino intuitivo, empático y apasionado, que suple con la altura de su ingenio la falta de sistematicidad de sus técnicas de recolección de datos; o bien de un De Martino que no estaba obligado a respetar esas técnicas porque no era ni etnógrafo, ni folclorista, ni antropólogo, sino “solamente” historiador de las religiones.⁴

Si realmente existe ese estereotipo, vale la pena examinar su fundamento real, tanto porque su existencia –como quiera que sea– afecta el juicio crítico sobre la obra de Ernesto de Martino, como porque si se permite que circule libremente causa algún daño, al estimular la idea de que quien no aplique servilmente las reglas de Pelto y Pelto puede ser inducido a error por la peligrosa ambigüedad de la herencia de De Martino.⁵

En esta contribución se pretende precisamente intentar una reconstrucción o por lo menos un análisis detallado de las modalidades de trabajo en el campo utilizadas por De Martino en sus indagaciones. El terreno para ese examen son los materiales conservados en uno de los clasificadores del archivo personal de Ernesto de Martino, que contiene la documentación refe-

rente a la investigación de campo sobre el tarantismo en Apulia. De esa información se ha hecho un primer inventario, publicada entre los “Materiales” en el mismo número de *La ricerca folklorica* en que apareció originalmente este trabajo.

El clasificador no contiene prácticamente nada que forme parte de la redacción del volumen *La terra del rimorso*. La documentación es en su totalidad estrictamente interna a la investigación de campo. ¿Está completa? Comparando los materiales del archivo de De Martino con los contenidos en una carpeta de mi archivo personal, puedo señalar las siguientes ausencias mayores: faltan las actas de algunas reuniones no plenarias que se desarrollaron durante el periodo de preparación y durante la estancia en el campo; no están los registros de las relaciones (correspondencia, llamadas telefónicas, encuentros) que De Martino mantuvo con los distintos colaboradores después de la estancia en el campo y mientras cada uno de ellos elaboraba el material recogido; no se encuentran, por último, los cuadernos y diarios de los miembros del equipo, excepto el del propio De Martino y los de Vittoria de Palma; a juzgar por los míos, que quedaron en mis manos, éstos podrían proporcionar una serie de informaciones sobre “cómo” se llevó a cabo concretamente la investigación, cómo se hicieron los coloquios y las entrevistas, cómo se aplicaron los cuestionarios y los reactivos, etcétera.

Otra serie de informaciones útiles que los cuadernos y diarios disponibles ofrecen ya, pero que probablemente podría completarse si se tuviera acceso a las otras fuentes, se refiere a las operaciones cotidianas específicas de distribución de las tareas, coordinación, organización; la gestión de las dinámicas en marcha dentro y fuera del equipo y los problemas logísticos. De todos modos, los materiales a la mano parecen más que suficientes para un primer reconocimiento sistemático, que una vez realizado podrá justificar o no ulteriores profundizaciones. *La terra del rimorso* representa la experiencia de campo más madura y compleja de De Martino: el etnógrafo itinerante se ha convertido ya en

² En *Lucania*, 1 (febrero de 1954). Ahora en Pasquinelli (1977: 158-161) y en De Martino (1975).

³ Véase “Itinerari meridionali” en De Martino (1962) y “Note di viaggio” en De Martino (1953); ahora en De Martino (1975: 107 y ss.). En el Archivo Ernesto de Martino hay un cuaderno en el que están concisamente registrados los datos económicos referentes a Paolo Zasa y las deudas de Rocco Tammone, así como un interesante esbozo de dramatización de las vicisitudes de Rosa Stasi, que, en cambio, en “Note lucane” se presentan en forma narrativa.

⁴ Colajani (1973: 77). Véase Grottanelli (1977: 599), donde se señala a Ernesto de Martino como exponente autorizado de una tendencia de estudios comprometida (*committed*), que se contrapone a una no valorativa (*value free*), en la que Grottanelli se autodefine como participante. Mucho más articulado el juicio reciente de un autor estadounidense, de quien con gusto destaco la definición *excellent studies* aplicada a las investigaciones meridionalistas de De Martino (Saunders, 1984: 456).

⁵ Ése es el sentido que tiene a mi parecer la referencia, por lo demás muy sintética, de Remotti (1978: 223). El manual al que se hace referencia en el texto es el clásico P. J. Pelto y G. H. Pelto (1978), cuya primera edición de 1970 es mencionada por Colajani (1973).

“director de equipo” al frente de “cuatro jóvenes colaboradores” llamados a “movilizar sus respectivas competencias técnicas”, que “llama” a una asistente social para que recuerde al equipo que “los atarantados* y todos los involucrados en el tarantismo no eran solamente documentos para una reconstrucción histórica, sino personas vivas de una sociedad definida, ciudadanos del Estado italiano”; y que integra y orienta, en el trabajo de campo, no sólo la contribución del fotógrafo sino incluso la del periodista-testigo. Si una reconsideración del trabajo de campo de De Martino puede tener alguna utilidad, ciertamente es la de la expedición a Salento de 1959, que puede partir.

El presente trabajo se articulará en dos secciones. En la primera se reconstruirá la práctica de investigación de la expedición a Salento de 1959, con base en los documentos contenidos en el clasificador del Archivo de Ernesto de Martino (en adelante AEDM); siempre se indicará explícitamente cuando se completen esos documentos con los que están en poder de quien escribe, que se anotarán como documentación de A. Signorelli (en adelante DAS); del mismo modo se señalará el recurso a recuerdos personales, en los raros casos en que serán utilizados. Por último, un deber de corrección filológica en el que el propio De Martino nos educó me impone apuntar algunas discrepancias en torno a modalidades concretas de desarrollo de la investigación que existen entre los documentos AEDM y DAS y la versión dada por De Martino en el texto definitivo de *La terra del rimorso*.

En la segunda parte de esta contribución intentaré vincular la práctica de la investigación surgida del análisis de los documentos con la teoría de la exploración etnográfica y folclórica varias veces formulada explícitamente por De Martino en sus obras. Creo que de esa confrontación será posible extraer un perfil y un juicio, motivados si no definitivos, de De Martino investigador de campo.

La práctica de la investigación

Al término de la primera parte de *La terra del rimorso*, como conclusión de la exposición de los resultados de la investigación de campo, De Martino declara que ha llegado el momento en que el historiador-etnógrafo debe ceder el paso al historiador-filólogo “en busca de una imagen menos trillada y por lo tanto más inteligible y significativa del tarantismo” (de Martino, 1961: 118). En

realidad, el orden expositivo del volumen no es el de la cronología real, y quizá tampoco el de la lógica de la indagación.

Es un hecho que entre la primera vez que De Martino vio las fotos de atarantadas de André Martin y la primera reunión del equipo en Roma, con ocasión del seminario de preparación para el viaje al campo, ya se había realizado mucho trabajo, filológico y de otro tipo. El breve ensayo “Intorno al tarantolismo pugliese”, publicado en *Studi e materiali di storia delle religioni*, fascículo 2 del volumen XXIX, año 1958, demuestra que, por lo menos un año antes de que partiera la expedición, ya habían sido identificados y empezaban a ser explorados los principales caminos de la profundización bibliográfica: la tradición documental local e italiana en general, la comparación con materiales etnológicos y diacrónicos de la tradición clásica mediterránea. Y yo consideraría también el bloc de apuntes núm. 1 del AEDM como testimonio del intenso trabajo bibliográfico y filológico llevado a cabo por De Martino antes de emprender la investigación en el campo.

En realidad, es posible establecer con certeza que por lo menos a partir de la página 15 el contenido de ese bloc fue escrito después de febrero-marzo de 1959, puesto que registra por entero el juicio obtenido por De Martino en el concurso por la cátedra y publicado en el núm. 1760, febrero-marzo de 1959, del *Boletín del Ministerio de Instrucción Pública*. No hay en cambio nada que indique que lo incluido en el bloc haya sido escrito después de julio de 1959, pero induce a creerlo el hecho de que en general no se deja pasar mucho tiempo para informarse del resultado de un concurso, sobre todo si es positivo y especialmente en las condiciones nada fáciles en que se había desarrollado la carrera académica de De Martino.

En todo caso, las indicaciones bibliográficas contenidas en el bloc núm. 1 fueron puestas en conocimiento del resto del equipo. Existen también otros documentos que prueban que entre la publicación de la breve intervención en *Studi e materiali* y el inicio de la investigación en el campo, la bibliografía de De Martino continuó creciendo. En la carpeta núm. 3 del AEDM se conserva una bibliografía razonada que fue distribuida a los miembros del equipo junto con el texto de De Martino conservado en la misma carpeta, sin título, que empieza diciendo “En la vida cultural de la humanidad, la muerte del individuo...”, texto que fue una de las relaciones de De Martino al seminario de preparación. En dicha bibliografía se cita a Caggiano, Schneider y Sachs, que

* Empleo *atarantado/a*, como traducción del italiano *tarantato/a*, en su sentido original de “picado de la tarántula” (T.).

en el texto precedente eran ignorados, además de Oesterreich, De Felice y Tamborino sobre la posesión y el exorcismo, y Janet y Lhermitte mencionados bajo “literatura psiquiátrica”. Además entre los DAS se encuentra un resumen escrito a máquina del texto de Caggiano y otro de una página y media titulado “Rapporto storico-religioso sul tarantolismo pugliese” (Informe histórico-religioso sobre el tarantulismo de Apulia, relator E. de Martino), que incluye entre otras algunas referencias “clásicas” (por ejemplo Eliade y Frobenius) que, sin embargo, aparecen ahí por única vez y después no se vuelven a utilizar.

Además, por medio de estos documentos y de las actas de las reuniones, se comprueba que De Martino pidió al resto del equipo una profundización bibliográfica análoga a la realizada por él, tanto sobre los conceptos fundamentales relativos al problema histórico-religioso que constituía el foco de la investigación, como en relación con el campo disciplinario específico de cada uno.

En cuanto a la preparación de los miembros del equipo, no hay en el texto de De Martino ninguna información de carácter técnico. En realidad, la partida hacia Salento más que una ida al campo representó un regreso al campo, en el sentido de que para la mayoría de nosotros no fue la primera experiencia de trabajo en el sur de Italia. En todo caso, antes de la partida del 20 de junio, hubo dos exploraciones preliminares del área de Salento, una encomendada a mí y la otra a Diego Carpitella, que no se mencionan en el texto de *La terra del rimorso*. Como documenta la relación que preparé y de la que hay una copia tanto en la carpeta núm. 5 del AEDM como en DAS, aparte del cuaderno conservado entre estos últimos, en la visita que hice a Galatina en abril de 1959 recogí noticias e informaciones referentes a accesibilidad y practicabilidad de la capilla de San Pablo; posibilidad de tomar fotografías en su interior; fechas de llegada de los atarantados a Galatina, número usual y previsible de ellos, curso de la manifestación y comportamientos de los atarantados, formas diferentes del síndrome; interpretación del clero de Galatina y sus actitudes hacia el tarantismo; noticias e investigaciones disponibles entre los estudiosos locales, posibilidades logísticas de alojamiento del equipo. Además recogí alrededor de una decena de indicaciones bibliográficas demonológicas en la biblioteca de Lecce.

Una de las actas de las reuniones preparatorias (19 de abril) indica además que Diego Carpitella ya había ido a Galatone, Martano, Calimera y Gallipoli, todos en la provincia de Lecce, para identificar grupos de sonidos (*suoni*), es decir, los típicos grupos de músicos que ejecutaban música para los atarantados.

Esas informaciones propedéuticas pasaron a ser patrimonio del grupo, así como las bibliográficas y el esquema problemático general ya elaborado por De Martino. El seminario de adiestramiento se articuló después con la presentación, por cada uno de nosotros, de una relación en que recapitulaba los conocimientos específicos y generales que, desde el punto de vista de la disciplina a la que pertenecía, podían ser útiles para la construcción del modelo conceptual de la investigación (ver AEDM núm. 5). Al mismo tiempo se encaminaron colaboraciones de subgrupos para el desempeño de tareas delimitadas: tanto en las actas de las reuniones (AEDM núm. 2) como en mi cuaderno personal (DAS) encuentro testimonio de una colaboración directa Comba-Signorelli para la redacción de una breve relación sobre la personalidad de base y para la redacción de una lista de palabras-estímulo preparadas para el ambiente salentino.

Con este último punto toco otra cuestión importante: el periodo del seminario se dedicó a un trabajo sumamente cuidadoso de homogeneización de los instrumentos de recolección de información. Como de todo esto no se dice nada en *La terra del rimorso*, creo que vale la pena documentarlo aquí.

Según el inventario, en la carpeta núm. 3 del AEDM se conservan copias de once cuestionarios diferentes, además de un esquema de ficha clínica y dos hojas de instrucciones, una destinada a todos los miembros del equipo y otra en particular para el psiquiatra. En realidad los instrumentos de recolección de información previstos son básicamente seis que, con las variantes, se convierten en once. Según lo que se desprende del documento “Instrumentos de análisis” se utilizaron:

1. Cuestionario de base histórico-religioso de información diacrónica, del cual se preveían algunas variantes según que el informante fuera un miembro del clero, un intelectual o profesional, un médico o un estudioso del folclor o, en cambio, una persona de escasa instrucción, o bien un ex atarantado curado.
2. Cuestionario histórico-religioso para los casos en curso que, a su vez, se diferencia según se trate de paleoatarantados o de atarantados nuevos, de sus familiares o vecinos, o de los músicos.
3. Cuestionario de base para el coro y los músicos.
4. Cuestionario de base médico-psiquiátrico (ficha clínica).
5. Tests mentales o reactivos.
6. Cuestionario socioeconómico.

Además de los cuestionarios se prevé la redacción sistemática de fichas de observación y de información;



para las primeras se distingue entre las reservadas a la observación de los casos de tarantismo en curso, las dedicadas a la observación del “curso completo de los acontecimientos relativos a la fiesta de San Pedro y San Pablo en Galatina” y las de observación más general sobre los datos ambientales; por lo que toca a las fichas de información, también pueden referirse directamente a los casos de tarantismo o más en general a la situación de conjunto, pero se insiste reiteradamente en la necesidad de indicar siempre con precisión “nombre, edad, sexo, pueblo de origen y condición social del entrevistado”.

Finalmente, se prevé la realización de investigaciones de archivo en el lugar “con el objeto de obtener sondeos diacrónicos del tarantismo a una profundidad mucho mayor de la que pueden dar los cuestionarios histórico-religiosos de información diacrónica”.

Los temas de tales investigaciones serán:

- A. La historia de las fiestas de San Pedro y San Pablo en Galatina.
- B. La historia de la capilla de San Pablo.
- C. La historia del tarantismo de Galatina (Lecce, Taranto, península de Salento, resto de Apulia).
- D. El nexa entre las palabras *tarentum*, *tarentula*, *tarentismus*.

Existe además otra versión más articulada de esta última parte del documento, contenida en otro, titulado precisamente “Búsqueda de datos bibliográficos y de archivo en la sede y en el campo”; como de éste también hay una copia entre los DAS, podemos deducir que se trataba de instrucciones distribuidas a los miembros del equipo.

De los materiales disponibles se puede extraer una puntualización muy precisa del uso que De Martino consideraba que debía hacerse de los instrumentos de análisis. En el apunte “Instrucciones para el psiquia-

tra” se lee que “cada caso individual que tenga una ficha clínica deberá tener también, en lo posible, una ficha coro-musical, socioeconómica e histórico-religiosa: esto requiere un esfuerzo cotidiano de coordinación del trabajo de equipo, una indicación recíproca de casos y sesiones colectivas diarias de balance”.

Esta casuística debía implantarse sobre el fondo de las observaciones sistemáticas “del curso completo de los acontecimientos relativos a la fiesta de San Pedro y San Pablo en Galatina”, de las informaciones diacrónicas sobre los aspectos histórico-religiosos y de las investigaciones bibliográficas y de archivo.

Las actas de las reuniones en la sede demuestran que De Martino tenía claras en su mente las condiciones necesarias para que ese complejo mecanismo pudiera funcionar. Un primer objetivo que perseguía el seminario, y al que ya se ha hecho alusión, es el de la socialización no sólo de los conocimientos sino también de las problemáticas. Gracias al debate colectivo de las relaciones y de las informaciones bibliográficas de cada uno se intentaba lograr que todos tuvieran una idea algo más que aproximada de lo que debía hacer el otro y de la aportación particular que se esperaba diera a la investigación.

El segundo punto consistía en la socialización de los instrumentos de análisis, igualmente seleccionados, elaborados y perfeccionados a través de una serie de discusiones y confrontaciones, que terminaron por constituir también parte integrante, aunque obviamente con distintos grados de dominio, de los saberes comunes de los miembros del equipo.

Hay un tercer punto sobre el cual el texto calla, pero que surge con claridad de los materiales de archivo, precisamente de las actas de las reuniones (en particular las del 19 y del 22 de junio), de un apunte conservado en la carpeta núm. 3 del AEDM y de algunas anotaciones del cuaderno conservado en DAS. Se trata de los comportamientos de los investigadores en el campo. La profesionalidad y la experiencia reconocidas a los “jóvenes colaboradores” no impiden a De Martino poner sobre el tapete ciertas cuestiones, incluso con dureza.

Se trata de asuntos técnicos y relativos al estilo de comportamiento. Entre los primeros reaparece varias veces la exhortación a estudiar los cuestionarios y el llamado a una compilación puntual de las fichas y del diario. También se plantea en repetidas ocasiones la cuestión del lenguaje que deben emplear los investigadores; el acta de la reunión registra: “atención a las palabras que no sean obvias para ellos” (es decir para los entrevistados).

Respecto al estilo de comportamiento externa la invitación a no actuar con altanería profesional (dirigida sobre todo al médico, y probablemente más por antiguos

resentimientos contra esa categoría que en alusión a la persona concreta) y la evidente preocupación de De Martino por las relaciones con el clero y las autoridades locales. En lo tocante al clero, nos ordenó terminantemente que fingiéramos compartir las tesis e interpretaciones de la Iglesia oficial (el acta de la reunión reza: “estar de acuerdo con la idea del milagro”); en cuanto a las segundas, el acta registra una nota descarnada: “relaciones con las autoridades”, pero recuerdo muy bien la prohibición, no menos perentoria, de comprar en Galatina otro periódico que la local *Gazzetta gel Mezzogiorno*.

Por último, las relaciones dentro del equipo. Las anotaciones son concisas, pero muy elocuentes: “Cualquier cosa que ocurra, decirlo en las reuniones” (Acta) y “Necesidad de hacer críticas abiertas en las reuniones de grupo” (Apunte AEDM 3); después “Distracción. Disciplina” (Apunte AEDM 3) y “Mucha paciencia” (Acta). Finalmente, siempre en el acta de las reuniones, una “Vigilancia recíproca” tan sorprendente como significativa; en cierto modo, cada uno de nosotros asumía una cuota de responsabilidad por el comportamiento de los demás y a la vez aceptaba una especie de supervisión de su propia conducta por los demás.

En el cuaderno conservado entre los DAS encuentro otro apunte que puede contribuir a aclarar aspectos adicionales. Se trata del registro, hecho para ser transmitido al resto del grupo, de una tarde de trabajo conjunto de Letizia Comba y mío; de él surge una evaluación sumamente autónoma e incluso crítica de las orientaciones que ya se nos habían dado acerca de nuestros respectivos papeles en el equipo; y también de los criterios de muestreo o al menos de selección de los sujetos a entrevistar; del número bastante elevado de aplicaciones (de cuestionarios y reactivos) previstas para cada sujeto; de la conveniencia o no de concentrar la investigación en un solo pueblo; de las resistencias psicológicas y culturales que podríamos hallar.

Me parece que estos apuntes documentan hasta qué grado cada uno de los miembros del equipo sentía la expedición a Salento como una empresa común, que pertenecía a todos y donde ninguno era subalterno. Con impulso típico de De Martino, la participación autónoma en el plano intelectual conllevaba la corresponsabilidad autónoma en el plano ético. En conjunto, el dispositivo funcionó. Las actas de las reuniones realizadas en los días transcurridos en el campo se reducen a poco más que una agenda de citas (quién debe ir a entrevistar a quién en qué pueblo, teniendo en cuenta quién estuvo ya para aplicarle qué); pero los veintidós folders contenidos en la carpeta núm. 10 del AEDM e intitulados cada uno con el nombre de un atarantado/a confirman que el objetivo de la investigación en el campo

fue alcanzado: todos los casos tienen una ficha clínica, una coro-musical, una socioeconómica, una histórico-religiosa y una referente a la aplicación de los tests.

Los blocs de apuntes núm. 8 (Cuaderno de E. de Martino) y 9 y 9bis (V. de Palma) del AEDM, a los que se puede agregar mi cuaderno (DAS), reconstruyen una idea más rica de lo que fue la realidad concreta de aquellos días. De Martino registraba puntualmente en su cuaderno el estado de los trabajos y con frecuencia tuvo ante los ojos un cuadro actualizado de los mismos. Las reuniones vespertinas de balance y programación se celebraron con regularidad hasta la interrupción debida a la fiesta de San Pedro y San Pablo, y se reiniciaron inmediatamente después.

Alternando con las anotaciones sobre las citas que debía cumplir cada uno de nosotros se encuentran en el cuaderno de De Martino numerosísimos apuntes bibliográficos, de las simples indicaciones a las transcripciones y los resúmenes de obras enteras, lo que muestra que se había reservado la tarea de búsqueda de datos bibliográficos y de archivo en la fase de campo, cuya importancia había sostenido con firmeza desde el principio. Del cuaderno se desprende asimismo que De Martino se había reservado también las entrevistas con el clero local, mientras que nos dejó a nosotros muchos de los encuentros con profesionistas y estudiosos.

Los cuadernos de De Palma y Signorelli testimonian además otro aspecto del trabajo de campo. En general no grabábamos las entrevistas. El uso de las grabadoras estaba apenas comenzando. El nivel de desconfianza de los entrevistados era muy alto y combinaba precauciones apotropaicas con temores históricamente justificados en relación con funcionarios públicos. Por consiguiente nosotras, después de memorizar los cuestionarios, desarrollábamos las que pronto llegaron a ser “pláticas con las doctoras venidas de Roma para estudiar la taranta”; después aprovechábamos el primer instante y el primer rincón a solas para tomar apuntes que por la tarde se transformarían en un informe completo y detallado. Sólo raramente el entrevistado estaba de acuerdo en que tomáramos apuntes mientras hablaba (y la alteración de la escritura y la abundancia de expresiones dialectales dan testimonio de esa situación en los cuadernos).

Los registros son muy pormenorizados, incluso minuciosos; los detalles están anotados con escrupulosidad; es evidente la atención dedicada a memorizar términos de la nomenclatura, modos de decir, expresiones locales, para después registrarlos. Al mismo tiempo, los registros parecen animados por una fuerte tensión participativa, un compromiso de entender que, sin embargo, no me parece en absoluto sentimental y sí totalmente intelectual y moral. Y hay, por último, un

punto en el que los cuadernos y el texto definitivo de *La terra del rimorso* se contradicen radicalmente. En el texto del libro, De Martino afirma que:

...el equipo asistió a las escenas en la capilla oculto en la tribuna *ad audiendum sacrum*... ocultamiento necesario para evitar, dentro de lo posible, que los observadores perturbasen el fenómeno a observar... El asistente social, en cambio, debía circular entre la gente mezclándose con los atarantados y sus familiares para recoger los datos que no era posible captar desde nuestro observatorio.

En realidad, las atarantadas no toleraban presencias masculinas extrañas en la capilla y con dificultad aceptaban la de algún pariente de sexo masculino, y por eso se decidió que quienes estaríamos en la capilla entre las atarantadas seríamos Vittoria de Palma, Letizia Comba y yo. Debo decir que no recuerdo si Annabella Rossi estuvo con nosotros o no y, si no, por qué no. Yo pasé en la capilla un tiempo que se inició a las 16:40 del 28 de junio y se extendió hasta las 20:40 del mismo día, para reiniciarse a las 7:15 del 29 de junio y terminar a las 11. Dan fe de ello los apuntes manuscritos que ahí redacté mientras pasaban las horas y que se conservan en DAS; de ellos existe además una versión reordenada manuscrita y otra completa escrita a máquina: ambas las entregué a De Martino y se encuentran en la carpeta núm. 10 del AEDM. Más aún: en la copia manuscrita que conservo y que todavía forma parte del bloc de apuntes, las observaciones registradas entre las 19:30 y las 19:50 del 28 de junio son de puño y letra de Letizia Comba, prueba de su presencia en ese sitio y del hecho de que en ciertos momentos sentíamos la necesidad de sustituirnos mutuamente.

Me sorprende que De Martino no haya registrado la tajante prohibición (repetida tanto por los familiares de las atarantadas como por las autoridades locales) de la presencia de espectadores masculinos en la capilla: fue por eso que él mismo, Jervis, Carpitella y Pinna tuvieron literalmente que esconderse en la pequeña tribuna *ad audiendum sacrum*. En cambio, la presencia de las “doctoras” no molestaba a las atarantadas, más bien les agradaba: encuentro registradas expresiones afectuosas de atarantadas, referidas a mí y a las otras investigadoras, mismas que por otra parte no he olvidado y que no creo que sean fáciles de olvidar para quien las vivió. Son probablemente dos las razones que impulsaron a De Martino a la reticencia sobre ese punto, razones que no fueron discutidas en aquel momento y que quizá deberían haberlo sido. El comportamiento de las atarantadas en la capilla tenía una carga erótica mucho mayor, o al menos más evidente, que la del exorcismo individual a domicilio. Había mucho exhibicionismo, en lugar de la sombría y cerrada concentración observada

por ejemplo en el caso de María di Nardo; había –quizá también por la ausencia de la función reguladora de la música y la danza– ropas descompuestas y actitudes mucho más desordenadas y de inequívoca alusión sexual; pero había asimismo una comunicación entre atarantadas, que se hablaban y se tocaban, que De Martino no consideró importante; y una comunicación en voz alta con el santo, a quien en los exorcismos a domicilio sólo habíamos oído invocar por los presentes en voz baja. Por lo demás las “fugas” de atarantadas de la capilla documentan bien ese elemento de exhibicionismo, así como la fuerte carga “histórica” presente en la atmósfera de la capilla. Todo eso había creado desde siempre dificultades en la ciudad de Galatina, tanto que la presencia de curiosos estaba prohibida desde hacía muchísimos años y, para hacer respetar la prohibición, había dos policías de guardia en la puerta; sin embargo, en 1959 el clima era particularmente pesado debido a un artículo periodístico publicado el año anterior en la revista *Le ore*, si mal no recuerdo, un horrible artículo escandaloso que hacía de las atarantadas el objeto de una curiosidad malsana. Ese material había provocado mucha indignación en Salento, en particular en las familias de las atarantadas; recuerdo –y tengo registradas– declaraciones de madres, hermanas, cuñadas que insistían en el concepto de que las atarantadas eran “enfermas” y no “mujeres malas”. A eso se debió que la ya severa prohibición de que entraran a la capilla hombres que no fueran familiares inmediatos de las atarantadas, o de los atarantados, se hiciera aún más rígida; a eso se debió el episodio del periodista vienés-milanés expulsado de la capilla por las atarantadas furiosas y no, como sostiene De Martino, por el dibujo de su corbata, sino simplemente porque Caterina di Taviano, la primera que lo vio desde lo alto del tabernáculo al que se había trepado, comprendió perfectamente de quién se trataba, a pesar del delirio con que la perseguía la taranta: era un indiscreto, un curioso al que la profesionalización de la curiosidad daba un toque ulterior de desvergüenza. Recuerdo claramente haber experimentado un sentimiento de satisfacción mientras tomaba notas sobre la expulsión del periodista, en el mal olor y la confusión de la capilla. Por nosotras, que habíamos trabajado durante días para ganarnos la confianza de aquellas mujeres y tener el privilegio de ser testigos de su sufrimiento, pero sobre todo por ellas, me alegraba y les agradecía que lograsen defender de alguna manera el carácter privado y reservado de ese sufrimiento.

Por lo demás, permítaseme recordar que Caterina, que había tenido diecisiete embarazos, está descrita en su ficha clínica como “Atenta, modesta, sobria, habla detallando, responde a tono, parece segura de sí misma” y “enérgica”. Más que trastornada por el dibujo de

una corbata, quiero creer que estaba indignada por la presencia de aquel ignorante intruso.

Recuerdo con certeza que la experiencia de las horas transcurridas en la capilla fue tal que el día siguiente se dedicó mayormente a una especie de elaboración del trauma, en el sentido precisamente en que De Martino habría empleado la expresión elaboración del duelo. Habíamos tenido –aunque entonces ninguno de nosotros podía pensar en definirla así– una experiencia radical de análisis situacional.

En los días subsiguientes, abandonada una de las hipótesis que habíamos considerado –la de concentrar nuestras investigaciones en un solo pueblo– se optó en cambio por profundizar el estudio de casos individuales, seleccionados entre los que habían sido identificados en la capilla como más relevantes. Las actas de las reuniones del 30 de junio y del 1° de julio dan cuenta de un trabajo de comparación de los distintos apuntes tomados durante la observación en la capilla, hasta llegar a la redacción de una lista nominativa y numerada de casos.

En el segundo periodo de estancia en el campo el ritmo de trabajo fue aún más sostenido, y me parece sintomático que la última reunión, la de clausura, se haya desarrollado en Matera, ya en viaje de regreso.

El contenido de la carpeta núm. 10 del AEDM es el testimonio más elocuente del método con que trabajaba el equipo. La recolección en el campo de los datos que nos interesaban estaba organizada “por casos” y no “por investigadores”: las dos, tres o cuatro personas que iban a visitar a una atarantada exploraban la situación que se presentaba desde muchos puntos de vista y por el mayor tiempo posible: los reactivos mentales y las condiciones de la vivienda, las entrevistas con familiares sobre el costo de la terapia y su incidencia en el presupuesto doméstico, los cuestionarios histórico-religiosos y las fichas de observación coro-musical están todos incluidos en cada uno de los folders que tienen en la cubierta el nombre de una atarantada.

Las carpetas 11, 12, 13 y 14 del AEDM contienen materiales correspondientes a una fase posterior. Terminada la estancia en el campo, recogidos todos los datos, De Martino se coloca frente a su material con una especie de renovada “ingenuidad”, iniciando, por así decirlo, desde cero una exploración de otro tipo. Cada una de las variables, aislada, es probada en sus posibles correlaciones con las otras, y una serie de pacientes confrontaciones permite finalmente extraer conclusiones sobre la significatividad de ciertas coincidencias y covariaciones. A título de ejemplo: la edad del primer piquete de la tarántula (es decir, la edad en que se verificó el primer episodio crítico o “ataque”) de los integran-

tes del grupo estudiado en el verano 1959 se confronta sucesivamente con: su situación socioprofesional, el grupo familiar y el pueblo al que pertenecen; pero también con la edad del primer piquete citada en el grupo analizado por De Raho en 1908 (24 casos) y con la edad del primer piquete referida en el grupo examinado por Caputo en 1741 (14 casos).

Los materiales de la carpeta núm. 13 documentan otro tipo de “exploración”, que procede más bien, como dice el título en la cubierta, de diversos temas. En torno a cada uno de los temas en que puede articularse el análisis de la compleja realidad cultural del tarantismo se reúnen los datos relativos a él recogidos en el campo; el objetivo buscado parece ser la verificación de la legitimidad de la tematización de cada uno de los “temas”. Lo que nos es dado presenciar aquí es una especie de hermenéutica del material empírico.

En la última carpeta se reúnen las hojas de las elaboraciones cuantitativas, incluso diacrónicas, anticipadas ya en el material contenido en la carpeta núm. 12. Como ya se ha dicho, ese material confluyó en un texto del que existen algunas elaboraciones parciales (escritas a máquina) y una redacción presumiblemente definitiva, también a máquina con correcciones a mano. Lleva el título “Tarantismo y medición cuantitativa” y, como lo indica un pasaje del texto, había sido pensada como un apéndice del libro que recogería, ordenadas, todas las informaciones cuantitativas aptas para sostener la indicación de trabajo que concluye el texto:

Determinaciones de calendario e inmunidades locales, así como el predominio femenino y la repetición tendencialmente estacional de los ataques, distinguen netamente el tarantismo de un síndrome tóxico de aracnidismo y orientan la investigación hacia el análisis de los condicionamientos psicológicos, socioculturales e histórico-religiosos del fenómeno (de Martino, 1961: 110-111).

En realidad lo que debía haber sido la conclusión de un apéndice era de hecho la premisa y la hipótesis de toda la investigación y del libro entero: por eso no sorprende que De Martino haya distribuido y desarrollado los temas de esa nota por todo el texto, pero sobre todo en el primer capítulo de la primera parte, que no por nada se titula “Tarantismo y enfermedad”.

Lo importante es la verificación que los papeles del AEDM permiten de la multiplicidad de las técnicas que De Martino utilizaba para hacer hablar a sus datos y de la escrupulosidad con que llevaba hasta el fin cada una de las pruebas a las que los sometía.⁶

⁶ C. Gallini, a propósito del método de trabajo de De Martino del que dan testimonio las notas para *La fine del mondo*, habla de un “probar una y otra vez sobre objetos diferentes las mismas hipótesis teóricas” (Gallini, 1997: xii). Me parece importante señalar que De Martino emplea un procedimiento análogo cuando trabaja con material empírico.

La teoría de la investigación

El análisis de los documentos relativos a la expedición de 1959 a Salento conduce a una primera conclusión importante: en el método de trabajo de campo utilizado por Ernesto de Martino no hay nada de extemporáneo o improvisado y muy poco que no estuviera programado. Una planificación tan detallada remite necesariamente a un proyecto de investigación claramente presente en la mente del autor, aunque no esté formalizado por escrito (por lo menos hasta donde sé); a su vez, un proyecto de investigación nos guía a una teoría general de la investigación que debe haberlo inspirado y orientado.

Es precisamente de esa teoría de la investigación que quisiera ocuparme en esta segunda parte, con un doble objetivo: aislar, por así decirlo, lo producido por De Martino en materia de orientaciones operativas para el trabajo en el campo, y verificar, en lo posible, el valor que puedan tener hoy sus posiciones.

Un primer punto problemático es el de la distancia entre el estudioso y el “objeto” de la investigación. Nacido y educado en Nápoles, miembro por mucho tiempo, en sus papeles de docente y de activista político, de la misma sociedad meridional, que será el campo de sus investigaciones, De Martino parece carecer de todos los requisitos de distancia, alteridad y desapego que deberían garantizar al etnólogo el “mirar desde lejos”, que voces autorizadas señalan, incluso recientemente, como herramienta principal del oficio de antropólogo.⁷

Tampoco vale objetar que De Martino no fue un etnólogo típico o verdadero; no sólo porque reivindicó varias veces esa calificación, sino sobre todo porque él mismo colocó en el centro de su propia problemática la cuestión de la alteridad, el “escándalo de la incompreensión recíproca”.

Técnicamente, la estancia en el campo de De Martino se presenta como una “expedición” relativamente muy breve, programada con cuidado y muy orientada hacia un punto, un lugar, lugar que, sin embargo, está inserto en un contexto que el etnólogo conoce desde siempre y en profundidad, y no sólo porque ha hecho de él el objeto de su observación participante sino también porque es a través de las experiencias existenciales hechas en ese contexto que ha construido la conciencia crítica de su pertenencia y, simultáneamente, de su diversidad. Desde un punto de vista estrictamente

técnico, esa condición libera a De Martino de algunas dificultades que encuentran los etnólogos *overseas*.

La más importante de las dificultades que desparecen es la que se determina en el terreno de la comunicación verbal, lingüística, oral y, eventualmente, también escrita. Hay aquí un nudo de fondo que rara vez se pone a discusión: el material empírico en que puede anclarse el estudio de los símbolos y de las ideologías es en buena parte material lingüístico, texto, ya sea oral o escrito. Es difícil dominar una lengua ajena a los niveles necesarios para captar los matices de sentido que son los verdaderos indicadores de la estructura del significado.

Permítaseme presentar como ejemplo un texto de De Martino:

En el lamento de personas jóvenes o maduras, pero no propiamente viejas o decrepitas, se repite con frecuencia una invocación amargamente sarcástica: “Oh, qué viejo eras!”, que quiere decir lo contrario, o sea, que era suficientemente joven para seguir viviendo. Con la misma figura retórica se dice: “Oh qué mal cristiano!”, que también significa lo contrario, es decir “qué hombre de bien eras” (de Martino, 1958: 92).

Pero ¿qué nivel de conocimiento de una lengua se necesita tener para descodificar correctamente una figura retórica? El lamento fúnebre ofrece numerosos ejemplos de cómo el texto puede ser engañoso.

¡Cuántas me has hecho pasar por amor a los demás, hermano mío! Ahora están contentos: si agarraran un muslo y se lo comieran.⁸

Es evidente que a nivel literal este módulo de lamento fúnebre no tiene sentido, pero es igualmente evidente que su interpretación correcta es sumamente compleja. Y además: ¿qué significa que en el lamento fúnebre el marido y la mujer sean llamados siempre hermano y hermana? y, también, ¿es digno de notar o no que en el dialecto lucano “pensar” equivalga tanto a nuestro pensar como a nuestro recordar? E, igualmente, ¿qué significa en los dialectos meridionales “cristiano”? ¿Es el cristiano creyente y practicante, o es, como a menudo parece, un término sinónimo de ser humano, o tiene, por último, un matiz específico que ninguna traducción refleja y que sin embargo es crucial para el significado?⁹

⁷ Remotti (1985: 286), pero, naturalmente, la expresión es de Lévi-Strauss.

⁸ “Ouanne me n'haie fatte passa pe'l'amore de l'olde. frate mie! Mo' so' rimaste cuntente: se pigghiassero 'na cianca e se la manqiassero” (de Martino, 1958: 94).

⁹ Sobre el campo semántico activado por el apelativo “cristiano” tal como se usa en todo el sur de Italia he intentado algunas reflexiones iniciales en Signorelli (1983: 57).

Me parece legítimo plantear la siguiente pregunta: sin la competencia lingüística necesaria para reconocer los módulos tradicionales y para descodificar la función retórica de cada uno de los estereotipos verbales ¿habría sido posible demostrar el “carácter técnico del... orden ritual” (de Martino, 1958: 94) del lamento fúnebre lucano?

Y, por otro lado, ¿es posible, sin el dominio de la comunicación lingüística, reconocer el dispositivo simbólico de orden general que “en cada ocasión es llamado a plegarse a cada simbolismo individual” (de Martino, 1958: 163), permitiendo que “un contenido psíquico conflictivo que no había encontrado solución en el plano de la conciencia y que operaba en la oscuridad del inconsciente corriendo el riesgo de aparecer como síntoma neurótico”, sea “evocado y configurado en el plano mítico-ritual, y en ese plano periódicamente recorrido y realizado?” (de Martino, 1961: 76).

Si en el análisis del lamento fúnebre lucano el esmero prestado a los módulos lingüísticos estereotipados permite reconocer y poner de manifiesto el nivel técnico de los instrumentos de la elaboración del duelo, en *La terra del rimorso*, en presencia de técnicas de exorcismo predominantemente no verbales, la atención a los textos se ejerce también a otros niveles. Hay ante todo una atención precisa sobre la nomenclatura local, dialectal, y, al mismo tiempo, un análisis escrupuloso de los textos de las entrevistas, de lo que hoy llamaríamos los materiales biográficos orales. La redacción definitiva presentada en el libro no documenta minuciosamente, sino que sintetiza lo que en cambio es visible en una lectura cuidadosa de los materiales del AEDM, en especial los contenidos en las últimas cinco carpetas. Hablo del esfuerzo constante de quien llevaba el registro de las entrevistas, que se expresa, me parece, sobre todo de dos maneras: al transcribir textualmente los términos y las expresiones “clave” o, al menos, los que eran percibidos como tales, y al utilizar con mucha frecuencia, incluso en los resúmenes o en la versión italiana, una estructura estilística y sintáctica que recuerda directamente el dialecto. Los textos de las entrevistas conservados en AEDM tienen los signos (subrayados, anotaciones, glosas) de una lectura de De Martino atentísima no sólo a los contenidos, sino justamente a las terminologías y las nomenclaturas; en la “Guía por temas” los términos dialectales están colocados al lado de los “cultos” del estudioso, en el

esfuerzo por tematizar los nudos problemáticos del tarantismo. Por lo demás, para evaluar los frutos de ese trabajo basta ver, por todos, el análisis del término *scazzicare* (de Martino, 1961: 64).

Por último, de ese paciente análisis de las implicaciones semánticas de los términos de uso local surgió el nombre definitivo del instituto cultural, nombre que después de la publicación de *La terra del rimorso* pasó a ser canónico. Al inicio de sus investigaciones, De Martino, siguiendo a autores anteriores, dice y escribe “tarantulismo”. En el curso de la primera estancia, en abril de 1959, me di cuenta de que a las mujeres afectadas por el síndrome de la araña les decían atarantadas, taranta a la araña y tarantismo al síndrome. No dejé de señalar a De Martino este punto, que él adoptó sólo después de su propia estancia en el campo. En una carta fechada el 22 de junio de 1960 me escribía:

Como última recomendación, le ruego que use siempre “tarantismo” y no “tarantulismo” (y derivados: p. ej. “fenómenos tarantísticos”). El tarantulismo evoca la *Lycosa tarentula* de los zoólogos y deja entrever el fundamento “realista” del piquete; el tarantismo se asocia con la taranta, que es un mito, cualitativamente no distinto del de Helios o de Zeus”.

Por esto se ve que De Martino, si no siempre prestaba toda su atención a sus “jóvenes colaboradores”, nunca dejaba de prestar la máxima atención a los resultados de la investigación de campo.

Me parece que se puede decir que, si bien nunca fue explícitamente teorizado, es precisamente el trabajo sobre los códigos (verbal, gestual, cromático, icónico) el camino principal que permite a De Martino demostrar la que es la tesis central de *La terra del rimorso*, la calidad ideológica y no realista de toda la experiencia del tarantismo: lo que equivale a decir que éste tiene valor histórico (de problema para la historia de la cultura) no como síndrome sino como institución cultural.¹⁰

Ciertamente la *ethnology at home* implica grandes riesgos de identificación emotiva. De Martino dio cierto pábulo a las acusaciones de ese tipo, como hemos visto, debido sobre todo a que hizo explícito el carácter “comprometido” de su trabajo científico, y también al tono fuertemente participativo de las notas autobiográficas y de los diarios de campo. No obstante, no considero que esa acusación sea la más pertinente o, por

¹⁰ Si esta hipótesis del trabajo de De Martino sobre los códigos y, por consiguiente, de un verdadero trabajo semiológico desarrollado por él fuese confirmada por una verificación más amplia y profundizada relativa a sus textos, quizá valdría la pena reexaminar bajo otra luz la persistente ausencia de “cualquier apertura hacia la semiología y el análisis estructural de los mitos” que Gallini subraya como típica de De Martino. Realmente, no toda semiología debe ser necesariamente estructuralista (Gallini, 1997: LVII).

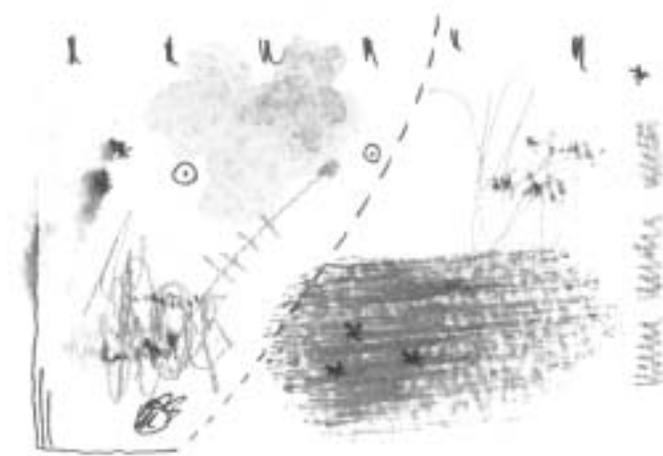
lo menos, no la única: de la *ethnology at home* temo también el efecto de trivialización, de achatamiento, de obviedad y, por consiguiente, para emplear la terminología de De Martino, el efecto de naturalización de los hechos culturales que la pertenencia del etnólogo al medio que estudia puede provocar. Las investigaciones de De Martino no ofrecen sólo la prueba empírica de la posibilidad “de evitar esos riesgos”; si se analizan en profundidad se advierten en ellas también los referentes teóricos, metodológicos y técnicos sobre los cuales basar no tanto la neutralidad (en la que De Martino nunca creyó) sino el rigor de la *ethnology at home*.

Su hipótesis teórica (madurada a través de una muy cálida y comprometida experiencia personal) es que, dentro de la misma “historia”, las diferencias de clase son la base de diferencias culturales no menores que las determinadas históricamente sobre una base étnica.

La Rabata, las plañideras, las atarantadas “provocaban el cuestionamiento del sistema en el que hemos nacido y crecido”,¹¹ pero, a través de un rechazo de cualquier interpretación relativista de su diversidad, las diferencias culturales basadas en la clase suscitaban también –e inevitablemente– el problema de la relación entre hegemonía y subalternidad cultural, al menos como cuestión de las condiciones históricas que definieron un “episodio de detención” en el proceso de expansión de la cultura hegemónica, “una fuerza contraria que limitó concretamente su voluntad de historia obligándola, en ciertos estratos de la sociedad, en ciertas épocas y en ciertas áreas, a tolerancias, transacciones, sincretismos, abdicaciones”.¹²

Las premisas teóricas de la *ethnology at home* de De Martino contienen la respuesta a los riesgos metodológicos que ella misma plantea. Como es sabido, esa respuesta es de altísimo nivel: es la famosa epistemología del etnocentrismo crítico, justamente definida como “la propuesta más madura que ha surgido hasta ahora del campo de los estudios etnológicos” (Gallini, 1997: xc).

Quiero subrayar que, operativamente, el etnocentrismo crítico encuentra sus instrumentos en procedimientos etnográficos y filológicos que no tienen nada de intuicionistas ni de empáticos; al contrario, el cuestionamiento de los valores propios, la prueba de la cultura de la que el etnólogo es portador a través de la confrontación con la cultura que va a estudiar, sólo es posible si esta última es objeto de una atención científica tan cuidadosa, precisa y respetuosa como la tra-



dicionalmente dedicada a la cultura hegemónica. De ahí el rigor de la etnografía y de la filología; de ahí también una ratificación comparativa que, para emplear las palabras del propio De Martino, es indispensable “precisamente para identificar la originalidad histórica del tarantismo como plasmación nueva irreducible a otra”; ya que lo que se debe evitar es que “un comparativismo indiscriminado y un filologismo sin perspectiva... terminen por sumergir de nuevo en la indiferenciación y la generalidad del proceso reductivo el significado histórico del fenómeno examinado” (de Martino, 1961: 187-188).

Desarrollando una práctica de investigación ya comprobada, De Martino controla el dato cultural subalterno aplicándole con el máximo rigor las técnicas de un análisis histórico tan puntual como desapegado; concretamente, el chamán como un Cristo antiguo y el San Pablo de las atarantadas como el apóstol de los gentiles. La confrontación de cerca, a la vez que abre a la comprensión toda la carga histórica del dato cultural “primitivo” o “subalterno”, hace estallar el “escándalo” del que su propia existencia es la prueba histórica; pero controlándolo dentro de un compromiso cognoscitivo riguroso sustrae ese mismo escándalo a cualquier utilización fácil de tipo populista o, peor aún, sentimental.

El hecho histórico está en el centro del interés de De Martino. Para él, la práctica de la investigación debe basarse en el “control de un problema bien definido”, en este caso histórico o histórico-religioso. Como Gallini ha señalado con pertinencia, De Martino siempre ignoró tranquilamente (y por esa ignorancia pagó algún precio en su carrera) las divisiones disciplinarias;

¹¹ De Martino (1961: 24), pero entre comillas, porque obviamente es una cita de Lévi-Strauss.

¹² De Martino (1961: 25). Me parece que en esta formulación, frecuente en De Martino, se advierte el eco de la concepción gramsciana de folclor como cultura contestataria implícita, mecánica, objetiva. No creo que en De Martino se plantee nunca el otro aspecto del problema, el del dominio cultural como producción activa de subalternidad cultural, “folclor moderno”, en un marco de relaciones de dominio y explotación entre las clases sociales.

lo que siempre le interesó –y de manera consciente– fue la identificación de un problema unificador: unificador de competencias diferentes, por estar en el límite de varias disciplinas sectoriales; pero unificador también porque constituye un terreno no casual y no gratuito de verificación crítica de los asuntos teórico-prácticos de los que el estudio parte.

Si el problema seleccionado para su estudio reúne esos requisitos, si es realmente “unificador”, por fuerza implica y postula un desarrollo interdisciplinario. Pero ¿qué es la interdisciplinariedad de De Martino? ¿Es verdad que su ambición de trabajar sobre problemas unificadores estaba, como sostiene Gallini (1997), en contradicción con la exigencia de realizar investigaciones interdisciplinarias? y, ¿es cierto que la interdisciplinariedad tal como la entiende De Martino es instrumental a su discurso? Los documentos relativos a la expedición en el Salento nos permiten una aclaración quizá menor, pero útil. La interdisciplinariedad, tal como la entiende De Martino, está muy lejos de los ejemplos corrientes de aquellos años y también de años más recientes. Estamos en las antípodas de la colección multidisciplinaria de monografías más o menos bien escritas. Para De Martino no se trata de estudiar un “lugar” (ciudad, aldea, comunidad, fábrica) o un “grupo” (los habitantes de...) o un “tipo” (la familia monogámica); se trata de resolver un problema. Es lógico, por lo tanto, que los términos en que el problema ha sido formulado determinen también la estrategia resolutoria a seguir; la jerarquía interna de las competencias, que hace del equipo de De Martino una estructura absolutamente no democrática, es un resultado correcto e inevitable del modo como se ha planteado el problema. Si por ejemplo el problema es la demostración de la naturaleza histórico-cultural del tarantismo, limpiar el campo de las posibles confusiones con el síndrome del aracnidismo es una premisa tan necesaria como insuficiente, una premisa menor en suma, de la cual se sigue la integración de las distintas contribuciones en forma jerarquizada. Que De Martino lo requería como exigencia de una práctica de investigación correcta y no como resultado de un protagonismo personal o disciplinario, lo demuestra la firmeza con que exigía que todos los miembros del equipo dominaran el problema en los términos en que éste constituía el focus de la investigación y llevaran a cabo un trabajo consciente (yo diría creativo) de reponderación y recalibración de sus instrumentos disciplinarios en función de esa formulación y de esa búsqueda de solución.

Aún hoy, después de muchas experiencias, pienso que es ésa la única forma posible de trabajo interdisciplinario: las otras son meras colecciones interdisciplinarias de aportaciones yuxtapuestas.

Creo que se puede decir más. Cuanto más claras, directas, coherentes e ineludibles fueron las cuestiones planteadas por De Martino a sus jóvenes colaboradores, tanto más las respuestas de éstos fueron útiles para él, pero también para ellos mismos, pues en ese grado la respuesta dada por ellos resultó rica, meditada, profundizada y, en definitiva, autónoma. Y si en eso tuvo un peso la madurez personal de cada uno de ellos, éste fue tanto mayor en la medida en que el estímulo recibido fue claro y positivamente provocador, y en la medida en que los límites en que debió moverse fueron razonadamente estrechos.

Bibliografía

- COLAJANI, A.
1973 “Intervento”, en B. Bernardi, ed., *Etnologia e Antropologia Culturale*, Angeli, Milán.
- GALLINI, C.
1977 “Introduzione”, en E. de Martino, *La fine del mondo*, Einaudi, Turín.
- GROTTANELLI, V.
1977 “Ethnology and/or Cultural Anthropology in Italy: Traditions and developments”, en *Current Anthropology*, vol. 18, núm. 4, diciembre.
- MARTINO, E. DE
1953 “Note di viaggio”, en *Nuovi argomenti*, vol. 1, núm. 2.
1958 *Morte e piano rituale nel modo antico. Dallamento pagano al piano di Maria*, Einaudi, Turín.
1961 *La terra del rimorso*, Il Saggiatore, Milán.
1962 *Furore, simbolo, valore*, Il Saggiatore, Milán.
1975 *Mondo popolare e magia in Lucania*, ed. e introd. de R. Brienza, Basilicata, Roma-Matera.
- PASQUINELLI, C.
1977 *Antropologia culturale e questione meridionale*, La Nuova Italia, Florencia.
- PELTO, P. J., y G. H. PELTO
1978 *Anthropological Research. The Structure of Inquiry*, Cambridge University Press, Cambridge (2a. ed.).
- REMOTTI, F.
1978 “Tendenza autarchiche nell’ Antropologia culturale italiana”, en *Rassegna italiana di Sociologia* XIX, núm. 2.
1985 “Quale senso per l’ antropologia culturale”, en *Rassegna italiana di Sociologia* XXIV, núm. 2.
- SAUNDERS, G. R.
1984 “Contemporary Italian Anthropology”, en *Ann. Rev. Anthropology*, núm. 13.
- SIGNORELLI, AMALIA
1983 *Chi puo e chi aspetta*, Liguori, Nápoles.